

La modernidad a examen

Nacho Duque García

Fredric Jameson

Una modernidad singular.

Ensayo sobre la ontología del presente

Barcelona, Gedisa, 2004.

Parecían volver las aguas a su cauce después de todo el debate suscitado a raíz del concepto de postmodernidad. De una forma más o menos generalizada se habían asumido como válidos ciertos rasgos característicos de este momento, véase la globalización, la centralidad del campo cibernético en los nuevos modos de comunicación, la eclosión de lo que se conoce como «cultura de masas», la proliferación de estrategias micropolíticas –los nuevos movimientos sociales, desde el ecologismo a los diversos feminismos–, la pérdida de referentes sólidos que permitan fundamentar una renovada estética o una nueva regulación ético-política, o la crisis de las nociones de historia y de identidad tal y como eran entendidas medio siglo atrás. El filósofo norteamericano Fredric Jameson ha sido, sin ninguna duda, uno de los pensadores que más empeño ha puesto en problematizar, sistematizar y alcanzar un punto de comprensión para este tiempo que él mismo catalogó hace veinte años como postmoderno. Teníamos pues un nuevo paradigma filosófico que parecía descansar sobre los gastados rasgos de una modernidad que nunca supo recuperarse del siniestro golpe asestado por Auschwitz. El mundo había cambiado definitivamente tras la segunda guerra mundial: la inocencia del hombre, ocupado hasta entonces en una ciega tarea de proseguir con sus avances tecnológicos y científicos, era puesta en tela de juicio; la validez de ciertos presupuestos políticos sobre los que había descansado la convivencia del sujeto occidental parecía obsoleta. En definitiva, a mediados del siglo pasado Occidente se asomaba al umbral de un nuevo paradigma. Muchos entendieron, y siguen entendiendo, que se trataba en realidad de una radicalización desmesurada de las características propias de la modernidad, pensemos, por ejemplo en los casos más relevantes como pudieran ser los de Anthony Giddens cuando habla de una «modernidad radicalizada»¹ o el de Ulrich Beck con su «modernidad reflexiva»², y ese

caso paradigmático, por único, que es el de Habermas, quien ha apostado por la necesidad de cierto sentido moderno que se perdió con el uso instrumental de la razón ilustrada³, enfrentándose sin tapujos contra la categoría de postmodernidad por considerarla una expresión del relativismo más desesperante.

Por su parte, Jameson había vinculado la cultura postmoderna con la fase del capitalismo tardío, lo que suponía establecer una relación entre un determinado modo cultural y la historia. Éste fue acaso el logro más reconocido del norteamericano en lo concerniente a este tema. Sin embargo, su producción filosófica ha sido muy considerable desde aquella formulación inicial. En 1998 se publicaba una brillante compilación con algunos de sus textos más reseñables acerca de la postmodernidad bajo el título de *El giro cultural*, parecía así que se completaba este «trayecto postmoderno» del filósofo norteamericano. Sin embargo, paradójicamente, es de nuevo él quien sale a la palestra para volver a problematizar aquello que ya casi nadie ponía en cuestión, al menos en voz alta, la noción de modernidad.

Con respecto a la esencia de la modernidad, ese *telos* del que siempre se habla, no hay dudas de que el concepto implica una *ruptura* radical con el tiempo anterior. Filósofos, historiadores o teóricos del arte están de acuerdo con esa idea que asocia «lo moderno» con «lo Nuevo». Sin embargo, en contra de lo que cabría entender, el concepto en sí es muy vulnerable, hasta el punto que no hay un acuerdo global a la hora de establecer el inicio de este período –seguiremos viendo cómo tampoco lo hay para anunciar su final–. Así, la historia de la filosofía entiende que esa ruptura se establece a partir de la figura de René Descartes, que propicia la aparición de un nuevo sujeto moderno. Por su parte, la historia se remonta a la crisis del sistema feudal, su paulatina sustitución por el sistema capitalista y la consecuente aparición del estado moderno. Finalmente, el ámbito de la estética no vacila al señalar a Baudelaire como el referente primero del llamado «modernismo». Surgen entonces varias preguntas evidentes que no tienen una respuesta fácil: ¿Son modernos Baudelaire o Joyce en el mismo sentido que pueden serlo Descartes o Kant? ¿Es posible establecer un único criterio para la comprensión de la modernidad? ¿Cómo hacerlo en un mundo globalizado? ¿Cómo podemos vincular los conceptos de «modernismo» y «modernidad»? Algunas de estas cuestiones son las que parecen haber motivado la aparición de la obra de Jameson que ahora nos ocupa. Pero hay un impulso más, y éste no es otro que el de desenmascarar

ciertas ideologías que transitan al amparo del cobijo que otorga esa inmutable techumbre moderna.

«Esa categoría narrativa llamada modernidad»

Una modernidad singular intenta esclarecer en primer lugar el motivo del renacimiento, en plena postmodernidad, del lenguaje y la retórica modernos. Acercándonos a los postulados anteriores de Jameson, podría pensarse que estamos ante una forma filosófica de lo que él mismo denominó como «Pastiche», es decir, la recuperación de fragmentos inconexos y descontextualizados, extraídos de otro tiempo para conformar un discurso que ha perdido definitivamente toda idea de normatividad. Algo así como el sustitutivo de la idea moderna de «Parodia». En otras ocasiones Jameson ha señalado un buen número de ejemplos que ilustran muy bien este rasgo de la postmodernidad, sobre todo aplicados al ámbito del cine contemporáneo, desde *Chinatown* de Roman Polanski hasta *American Graffiti* o *La guerra de las galaxias* de George Lucas⁴. Si bien estos casos parecen destinados a plasmar cierta estética nostálgica, en otras ocasiones el «pastiche» es la respuesta inmediata a esa falta de originalidad que parece imperar en la cultura postmoderna. Sin embargo, la evidente reificación de la modernidad en nuestros días responde a otro tipo de intereses mucho más cercanos a la política que a la representación artística –aún considerando la evidente carga política que ésta lleva siempre consigo–. Baste pensar de nuevo en la obra de Giddens y en su defensa de la «tercera vía» para ilustrar esta situación.

La tarea pues de Jameson va a consistir en desglosar el concepto de «modernidad» para llegar luego a una serie de conclusiones –«máximas»– que clarifican en gran medida el contenido de este complejo término. En este sentido cabrían destacarse varios aspectos de este análisis: en primer lugar, Jameson no renuncia en ningún momento a la noción de postmodernidad, ni siquiera en su sentido más puramente nominal, todo lo más camina con la misma sutileza con la que lo viene haciendo en algunas de sus últimas obras⁵; por otra parte, el estudio de la modernidad lo lleva a cabo mediante la lectura de un buen número de autores, que, en algunos casos, resultan una gratificante novedad –más o menos esperada como intentaremos aclarar después– dentro del conjunto de toda su obra, así transitan por estas páginas pensadores

tan distintos como Hans-Robert Jauss, Heidegger, Blanchot, Paul de Man, Foucault o Etienne Balibar; un tercer punto que deberíamos resaltar es la puesta en cuestión de una serie de conceptos que tradicionalmente han sido atribuidos al ámbito moderno, así destacamos ahora el caso de lo que se entiende como «ruptura», sustituido por la más conveniente idea de «situación», la noción de «separación» por otra parte, y los conceptos de «subjetividad» e «intersubjetividad»; todo esto deviene, finalmente, en su rechazo de la idea de modernidad como un término inamovible y definitivamente estático, ya que, muy al contrario, Jameson plantea la modernidad como una «categoría narrativa», que no es susceptible de ser periodizada y que cumple con una serie de premisas como la necesidad de relacionarse, como ya se ha señalado, con la aparición de «lo Nuevo» o con la idea de «autoconciencia», de la que señala que «sigue siendo una especie de fantasma en la máquina para todas las teorías de la modernidad»⁶.

Más allá de estas cuestiones de sumo interés, deberemos resaltar que en *Una modernidad singular* se está desarrollando paralelamente un discurso sobre nuestro tiempo presente y su propia idiosincrasia. Jameson presenta el problema de la contraposición entre el realismo estético y el modernismo y se plantea cómo podemos hablar de «lo Nuevo» cuando precisamente la novedad se asienta sobre las bases de otra corriente que no ha desaparecido del todo. Dicho con sus propias palabras, el realismo sería la «materia prima» susceptible de ser deformada después por el modernismo⁷. Pensemos en Baudelaire, en Malevich, en Rimbaud. Pero ahora acerquémonos a la reflexión postmoderna ¿no parte siempre, de manera inevitable, de una concepción particular acerca de la modernidad? ¿No toma cada pensador unos rasgos particulares de la modernidad para asumir su ruptura, su crisis o su radicalización? ¿Acaso no es eso lo mismo que han hecho Lyotard, Baudrillard, Eagleton o el propio Jameson, desde perspectivas muy distintas, a lo largo de su obra? Evidentemente esa es la operación más común, lo que nos conduce a la idea de Jameson de que es más adecuado hablar de «transiciones» que de rupturas radicales. Años atrás, a mediados de los noventa, Jameson ya sugería esta posibilidad: «lo que propongo es ver estos modos de realismo y modernismo históricamente distintos y aparentemente incompatibles como otras tantas etapas en una dialéctica de reificación, que se apodera de las propiedades y las subjetividades, las instituciones, las formas de un anterior modo vivido precapitalista, a fin de despojarlas de su contenido jerárquico o religioso [...] En este esquema narrativo,

y bastante predeciblemente, la sustitución del modernismo por lo posmoderno se lee de la misma manera, como una intensificación ulterior de las fuerzas de reificación»⁸.

La clave, como casi siempre en este autor, está en su abierto compromiso con la historia, o, más concretamente, con los parámetros que ha ido fijando década tras década la historiografía marxista. Tal es así que su propuesta se basa en la necesidad de identificar –¡y sustituir si es necesario!– la modernidad por el capitalismo, de la misma manera que desde su conferencia en el Museo Whitney de Chicago en 1982 identificamos la postmodernidad como la cultura resultante de una nueva etapa del capitalismo, el ya conocido como «capitalismo tardío» que había sido descrito años antes por Ernest Mandel. En contra de ciertos profetas neoliberales, la historia para Jameson no ha llegado a su fin, por el contrario es una herramienta útil y tremendamente necesaria. Podría alegarse que desde que Adorno formulara su *Dialéctica negativa* debemos, cuanto menos, sospechar del concepto de historia, sin embargo, Jameson, perfecto conocedor de la obra de éste, no en vano tiene un texto dedicado a su pensamiento filosófico⁹, no está abogando por una historia constrictiva sino, más bien al contrario, apuesta por su empleo a la hora de fundamentar una crítica, sea cual sea el artefacto cultural que seleccione. Ese es su uso y lo que hace que las miradas al pasado moderno puedan dejar de ser nostálgicas para convertirse en un recurso crítico que permita seguir configurando nuestro presente.

Foucault, «teórico» tardomodernista

Antes de entrar en esta cuestión tenemos que señalar que Jameson establece dos modernidades cronológicamente diferenciadas –aunque ya hemos visto que, tal y como entiende él los distintos períodos culturales o (e) históricos, no estarán separadas por la ruptura–: por un lado, lo que llama «modernismo clásico» o «alto modernismo», que se desarrollaría desde mediados del siglo XIX, y, por otra parte, el «tardomodernismo», que cobra auge en el período de posguerra. La descripción y categorización de esta última fase es muy interesante dado que ayuda a cartografiar un período de tiempo en el que se desarrollaron un buen número de corrientes filosóficas –que Jameson no desecha, desde luego– que difícilmente encajaban bien cuando, algunas décadas después, se intentaban conciliar con la progresiva llegada de la postmodernidad. Nos referimos,

claro está, a los filósofos postestructuralistas y más concretamente a la figura paradigmática de Michel Foucault. Ya se ha señalado anteriormente que en las páginas de *Una modernidad singular* encontrábamos presencias gratificantes, novedosas y, hasta cierto punto, esperadas. La de Michel Foucault es la más importante. Foucault aparece y desaparece de la obra de Jameson haciendo las veces de un espectro fantasmal al que no se sabe muy bien cómo ubicar. Lo cierto es que sí que hay numerosas referencias de Jameson a su pensamiento, pero habitualmente lo encontrábamos acompañado del misterioso calificativo de «teórico». La «Teoría» es para Jameson, en el contexto de la postmodernidad, algo así como un enorme saco en el que se engloban un buen número de ciencias sociales, de tal modo que no podemos decir si un teórico es en realidad un filósofo, un historiador o, «simplemente», un estudioso. Desde luego, el norteamericano no ha sido, ni mucho menos, el único pensador al que la obra de Foucault le ha supuesto un problema en el momento de su formulación, por poner otro caso, el propio historiador francés François Dosse se centró en su momento en los méritos fundamentales de Foucault en el ámbito del estudio de la historia¹⁰, por otra parte innegables. La «Teoría» funciona en Jameson como un rasgo dentro de la propia postmodernidad, explicándolo de este modo: «Por ejemplo, ¿hay que llamar a la obra de Foucault filosofía, historia, teoría social, o ciencia política? Es algo que no se puede determinar, y yo sugeriría que ese “discurso teórico” ha de incluirse también entre las manifestaciones del posmodernismo»¹¹.

La inclusión del *filósofo* Foucault en la obra que comentamos, sobre todo con motivo del análisis detallado que Jameson hace de *Las palabras y las cosas*, no implica la consideración de que se está dando un nuevo *giro* que vuelva a diferenciar por completo los ámbitos de acción de todas las ramas de los estudios sociales y humanistas. La amalgama que se describió al hablar del momento postmoderno sigue hasta cierto punto vigente, dado que, una de las condiciones que generaban esta situación era, ni más ni menos, que la pérdida de referentes absolutos, y eso no sólo afecta al ámbito de la moral o de la política, resulta evidente que también en todo tipo de estudios hay una carencia de «reglas» o «principios normativos» que establezcan no sólo una metodología determinada y específica para cada ciencia, sino unos resultados que puedan adscribirse a un campo exclusivo.

Deberemos esperar a su próxima obra para comprobar si la aparición de Foucault ha abierto un nuevo camino con nuevas posibilidades en la filosofía de Jameson, o bien si estamos ante una de esas apariciones fantasmales que, en honor a la verdad, tiene aquí un cierto sabor a sincero reconocimiento hacia el pensamiento del francés. En todo caso es una cuestión que habrá que tener muy en cuenta ya que la presencia de Foucault podría llegar a contraponerse al claro espíritu sartreano que parece llenar todos los textos de Jameson.

Una autopsia anticipada

Es complicado decir si al hablar de la modernidad, esa «otredad»¹² que nos rodea, estamos ante un cadáver aún caliente o ante un cuerpo que agota los últimos latidos de vida. Jameson nos repite una y otra vez que nuestro presente se construye y se sigue construyendo junto a los desgastados tiempos que le precedieron. La modernidad sigue pues entre nosotros como un resquicio del pasado. Sin embargo es la tarea de la crítica contemporánea el eliminar las añoranzas de otro tiempo supuestamente mejor para enarbolar proyectos que miren al futuro de un modo más esperanzador. «Lo que verdaderamente necesitamos», concluye Jameson, «es un desplazamiento generalizado de la temática de la modernidad por el deseo llamado utopía. [...] Las ontologías del presente exigen arqueologías del futuro, no pronósticos del pasado»¹³. Frente a la peligrosa nostalgia es necesario analizar con detenimiento la cultura del pasado para desenmascarar las ideologías que lo sustentan en el presente, sólo de esa manera el discurso crítico será capaz de imponerse a los estancos deseos e inercias del sistema del libre mercado y del capitalismo global. Jameson está planteando un modo más de generar pequeñas fracturas que vayan minando este sistema de hormigón en el que estamos sumidos. Mirar hacia el futuro, tal y como nos invita a hacer Jameson, resulta casi una obscenidad dentro de la lógica del capital, sin embargo se nos presenta como una necesidad vital siempre que no queramos ser como aquellos jóvenes dublínese que nos presentaba Joyce en su *Ulises*, ésos que miraban sin respuesta el misterioso acertijo que les planteaba su profesor, ignorando que, como ocurre cuando examinamos la modernidad en la actualidad, la solución al enigma está en su propio vacío.

—¿Quién sabe contestar a una adivinanza?

Retiraban sus libros en montones, chascando los lápices, sacudiendo las páginas. Apiñados, pasaron las correas y cerraron las hebillas de las carteras, charloteando alegremente todos:

–¿Una adivinanza profesor? Pregúnteme a mí.

–A mí, profesor.

–Una difícil, profesor.

–Ésta es la adivinanza –dijo Stephen:

El gallo canta,

el sol se levanta:

las campanas del cielo

están tocando a duelo.

Es hora de que esta pobre alma

se vaya al cielo

–¿Eso qué es?

–¿Qué, profesor?

Los ojos se les pusieron más grandes al repetirse los versos. Después de un silencio, Cochrane dijo:

–¿Qué es, profesor? Nos damos por vencidos.

Stephen, con la garganta picándole, contestó:

–El zorro enterrando a su abuela bajo una manta de acebo.

Se levantó y lanzó una risotada nerviosa a la que ellos hicieron eco con gritos de consternación¹⁴.

¹Anthony Giddens, en *Consecuencias de la modernidad*, Madrid, Alianza, 1993, pp. 56-57, apunta lo siguiente: «Las disyunciones que han tenido lugar han de verse más bien como resultantes de la autoclarificación del pensamiento moderno, en tanto que los residuos de la tradición y la visión providencial se disipan. No hemos ido “más allá” de la modernidad, sino que precisamente, estamos viviendo la fase de su radicalización».

²Ulrich Beck, *La sociedad del riesgo global*, Madrid, Siglo XXI, 2002.

³Fundamentalmente en *El discurso filosófico de la modernidad*, Madrid, Taurus, 1989.

⁴Fredric Jameson, «Posmodernismo y sociedad de consumo» en Hal Foster (ed.), *La Posmodernidad*, Barcelona, Kairós, 2002, pp. 172-173. También en la revisión de este texto que posteriormente lleva a cabo en *El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*, Barcelona, Paidós, 1995, p. 48.

⁵Ya en *La estética geopolítica. Cine y espacio en el sistema mundo*, Barcelona, Paidós, 1995 señalaba la necesidad de «prestar más atención a la ambigüedad del término, “postmodernidad”, que, si antes designaba todo un período histórico y su “estructura de sentimiento”, ahora corre el riesgo de deslizarse imperceptiblemente hacia el significado, bastante diferente, de un estilo estético o un conjunto de cualidades formales», pp. 143-144.

⁶Fredric Jameson, *Una modernidad singular. Ensayo sobre la ontología del presente*, Barcelona, Gedisa, 2004, p. 85.

⁷*Ibid.*, p. 106.

⁸Fredric Jameson, «Cultura y capital financiero», en *El giro cultural. Escritos seleccionados sobre posmodernismo 1983-1998*, Buenos Aires, Manantial, 1998, p. 195.

⁹ Fredric Jameson, *Late Marxism: Adorno, or the Persistence of the Dialectic*, Londres, Verso, 1996.

¹⁰ François Dosse, *La historia en migajas. De «Annales» a la «Nueva historia»*, Valencia, 1989.

¹¹ Fredric Jameson, «Posmodernismo y sociedad de consumo», en Hal Foster (ed.), *La Posmodernidad*, op. cit., p. 167.

¹² Fredric Jameson, *Una modernidad singular*, op. cit., p. 177.

¹³ *Ibid.*, p. 180.

¹⁴ James Joyce, *Ulises*, Barcelona, 1995, p. 36.